

El abrigo de Proust

Pável Granados

Podemos saber mucho acerca de los objetos. Por ejemplo, su antigüedad, las técnicas con que fueron fabricados, su estilo artístico, su utilidad o, incluso, quién los construyó. Pero sabemos bastante menos cuando los ponemos en relación con sus dueños. Las cosas, entonces, se vuelven avaras, y dejan ver poco de su vida interior. Las interrogamos con impotencia, y ellas no responden a nuestras dudas. Como no muestran ningún afecto a sus dueños, quizá les parezca extraño el apego que les profesamos. Hay objetos que sobreviven de otros tiempos, y los miramos asombrados porque nos acercan al siglo XVIII, al Renacimiento, o quizás a Grecia, pero ellos, absolutamente ajenos a los tiempos que representan —y también a nosotros— no comparten nuestro entusiasmo. La escritora Lorenza Foschini, en su gran admiración por Marcel Proust, visitó el museo Carnavalet, en París, y obtuvo el permiso para contemplar el abrigo del novelista. Sí, el mismo abrigo que lo acompañó por años, el abrigo de nutria que lo envolvía suavemente para aislarlo del mundo. Los conservadores del museo pusieron frente a ella una caja de cartón. La abrieron, y, envuelto en papel de seda, se encontraba el legendario abrigo. ¡Debe de tener una gran historia! Y la tiene, efectivamente. Qué ganas de preguntársela. Pero los objetos no muestran mucho interés en hablar con nosotros. El abultado abrigo se habría despertado trabajosamente, entre el olor a naftalina y a alcanfor, solo para asombrarse del interés que suscita. Regresaría de un sueño profundo, quizá para decir: “Los acontecimientos de ustedes no son los míos”, y volver a dormir. Y tendría razón. Las vidas de los objetos están hechas de las vivencias que les otorgamos. Nos acostumbremos, al leer a Proust, a concebir los

objetos como vehículos para revivir vivencias del pasado, como si algo de él se les hubiera quedado adherido. La magdalena que se remoja en el té y que comienza a contar la historia escondida en ella. Sin embargo, dirigirnos a las cosas para que nos cuenten sus propias vivencias es algo un poco alejado del mundo de Proust. En alguno de los volúmenes de *En busca del tiempo perdido*, el narrador afirma que los lugares en donde hemos pasado nuestros momentos encierran los espíritus de las personas, de ahí que nos sintamos atados a ellos e incapaces de liberarnos. Por eso hay que volver a decirles a esos espíritus: “Sean libres”, pues esa acción también nos libera. Quién sabe qué prefieran, finalmente, las almas. Si estar presas en estos objetos o no. La autora escuchó la historia de Jacques Guérin, un joven que, una vez hace muchos años, en 1935, entró a una librería y preguntó si había algo de Proust. Sí, casualmente... Unos minutos antes había llegado una persona a ofrecer algunos documentos, los muebles y la biblioteca de Proust. Guérin era el dueño de los Parfums d’Orsay, lo que le permitía comprar todo tipo de documentos y de antigüedades. Siguió, entonces, la pista y pudo desentrañar la madeja familiar de los Proust. El hermano menor, Robert, el famoso médico, acababa de morir, y Marthe, su viuda, decidió, casi de inmediato, deshacerse de las cosas de su famoso cuñado. Todo lo que quedaba lo pudo obtener Guérin, gracias al ropavejero de la familia. Pero madame Proust estaba impedida para comprender el talento literario de Marcel, estaba lejos de admirarlo, incluso le aterraba saber que el nombre de su familia andaba por todos lados. Si alguien le decía: “Su cuñado era un genio”, ella respondía escandalizada: “¡Pero si sus libros están llenos de



mentiras!”. Así que quemó muchos papeles, cartas, fragmentos... Guérin salvó lo que pudo y, al final de sus días, hizo una importante donación al museo Carnavalet. Naturalmente, este abrigo es una de las piezas más notables. Todo va muy bien. La autora incluso nos invita a visitar el museo, en donde vivió un tiempo Madame de Sévigné. Nos imaginamos una grata visita, aunque nos adviertan que el abrigo se halla en un estado tan lamentable que no se expone entre los demás objetos de Proust. Luego viene una bibliografía muy precisa y muy útil. Pero al final nos espera un posfacio que nos recibe carraspeando académicamente. Lo que acabamos de leer no es un anecdotario, una bola de chismes. No. Por el contrario, se nos explica que buscar la vida de un autor es un ejercicio inútil y hasta reprobable. La obra está por encima de la vida. La obra se basta a sí misma y es inútil husmear en la vida del autor. ¿Por qué alguien tan inteligente como Guérin se dedicó a algo tan pedestre como coleccionar anécdotas y objetos? La respuesta debe de ser algo elaborada, por ejemplo: “Lo hizo para conjurar el tiempo”. Bueno, sólo me refiero a este posfacio por si desean abandonar la lectura del libro antes de llegar a este regaño dirigido contra la libre curiosidad biográfica. **U**

Lorenza Foschini, *El abrigo de Proust*, traducción y posfacio de Hugo Beccacece, Impedimenta, Madrid, 2013, 144 pp.